

ÁLVAREZ, José María. *Estudios sobre la psicosis*, Vigo, Asociación Galega de Saúde Mental (AGSM), Colección La Otra psiquiatría, 2006. 304 pp.

El libro que aquí se comenta, como bien señala Fernando Colina en un prólogo que lo enaltece y que tiene él mismo trazas de convertirse en histórico, representa «el ejemplo cabal de una psiquiatría distinta» y que en este momento, más que nunca, se demuestra que es posible. Una psiquiatría a la que José María Álvarez se suma con sus aportaciones a la pelea por restaurar el lugar de la palabra en el encuentro con el *pathos* del hombre; una psiquiatría de lo biográfico, de la verdad del síntoma y su función defensiva frente a la nada.

José María Álvarez hace y pertenece a una escuela. Más allá de la doctrina psicoanalítica en la que asienta sus conocimientos psicopatológicos, el autor de estos *Estudios sobre la psicosis* bebe de las fuentes que han ido fluyendo de la psiquiatría pucelana. Porque, como Confucio dijo, «la virtud no habita en la soledad, debe tener vecinos». En ese colectivo —el Colectivo Villacián— la psiquiatría no renuncia a recuperar una extensión que nunca debió perder. El humanismo, la literatura, la filosofía y el amor a las letras, que son en definitiva el vehículo a través del cual el *pathos* humano encontró su motivo y, también, su razón salutífera, se aúnan en este cuerpo intelectual en el que Álvarez se apoya para demostrar que la «Otra» psiquiatría es viable, que ya es un hecho.

*Estudios sobre la psicosis* es la compilación de los últimos diez años de una vida dedicada al estudio de la locura; si bien todos estos estudios han sido redactados y actualizados para la ocasión, la mitad se publican ahora por primera vez. Como en sus libros anteriores —en especial *La invención de las enfermedades mentales* (1999) y *Fundamentos de psicopatología psicoanalítica* (2004), tratado del que es coautor con R. Esteban y F. Sauvagnat— historia y clínica convergen en la enseñanza lacaniana para tratar de mostrar al lector que, aunque la ciencia del ser vivo «avance», hay algo que es, fue y siempre será como nos viene dado, esto es: que el lenguaje tiene sobre el sujeto una doble consecuencia. Por un lado, la infiltración del mundo del lenguaje del Otro y sus efectos sobre el ser alumbran el nacimiento de la subjetividad humana; por otro, teniendo en cuenta lo anterior, existe un resto imposible de ser cubierto por la palabra, un vacío frente al que neurótico y psicótico se tratan de defender, si bien de distinta forma.

Sin lugar a dudas, los diez trabajos recogidos en este libro representan magistralmente el incesante esfuerzo de su autor por transmitir, allá donde se le convoca, una visión teórica personal forjada a lo largo de una ya dilatada carrera como clínico y docente acerca de su mayor pasión. Pero antes de entrar a comentar el contenido de este libro, es de señalar, como tácitamente nos demuestra Álvarez, que el estudio de la clínica se cimienta en la consumación de un encuentro entre la semiología y una teoría general sobre el ser humano y la subjetividad

—en este caso el psicoanálisis. Allí donde el fenómeno clínico se imbrica con el acontecimiento subjetivo de la experiencia y el lenguaje es donde el autor trata de situar un medio de apertura. De esta manera, la historia de la clínica y la psicopatología psicoanalítica se dan la mano y caminan juntas a lo largo de toda esta obra, tratando de despejar contradicciones y abriendo vías de pensamiento a través de las cuales poder entender la dimensión psicótica de la existencia humana.

Este libro no es una monografía más a cerca de la historia del saber sobre la psicosis, ni un compendio más para dar crédito a la teoría psicoanalítica sobre la alienación mental. Pues si hay algo que en él despunta es la posición que su autor ha sabido procurarse frente a ortodoxias y doctrinarismos extremos. De ahí que, como pensador eminentemente clínico que es, José María Álvarez reflexiona en torno a la locura siendo fiel a la verdad subjetiva que encierra la palabra del loco. Y esta verdad se torna en saber cuando hablamos del psicótico, pues no hay psicosis sin la certeza de estar concernido en las experiencias de las que este tipo de sujetos nos suelen testimoniar.

Si prestamos atención a la perspectiva con la que Álvarez ha tratado de abordar los motivos relativos a la psicosis, percibiremos que en ella late la articulación permanente entre la psicopatología clásica y la invención freudiana del psicoanálisis. Por ello, en los estudios que componen este libro descubrimos un psicoanalista a quien no le tiembla la pluma a la hora de defender que, antes de nada, la psicopatología micro-fenomenológica de la psicosis es la vía regia para pensar la enseñanza psicoanalítica-estructural. Tanto es así que esta posición decidida de inspirarse en los clásicos no viene sino a dar la razón a lo que ya dejó dicho Foucault: que «toda la psiquiatría del siglo XIX converge realmente hacia Freud».

Por otro lado, y haciéndose eco de aquellas palabras de Sócrates según las cuales «la ciencia humana consiste más en destruir errores que en descubrir verdades», desde una disposición teórica orientada por la enseñanza de Jacques Lacan el autor nos ofrece una serie de argumentos para entender la clínica de la psicosis en su dimensión ética y estructural. Se trata, sin duda alguna, de una tentativa por construir una teoría sobre la práctica con la que devolver al sujeto alienado el hábito de «razón indestructible» que promulgaba Pinel para que, de nuevo, la confianza en un «trato» posible con el loco sea el impulso bajo el cual se inscriban las próximas generaciones de esta «Otra» vertiente de la psiquiatría.

Desde la perspectiva que le posibilita la visión histórica de la clínica, el autor hace un repaso lúcido de la causalidad de la psicosis, de sus manifestaciones incluidas en una dimensión estructural y de la ética que acompaña tanto al hecho de enfermar, al pathos, como al «trato» que el «sanador» mantendrá con aquél que supuestamente «enfermo» acudirá a él para pacificar su malestar. Un permanente diálogo entre los clásicos de la psiquiatría y el sujeto en la psicosis permiten abrir de nuevo las imperecederas preguntas que el discurso de las «enfermedades mentales» ha tratado de obturar. Cuestiones tales como la nosografía, la psicopatología, el desencadenamiento y los signos patognomónicos de la psicosis, las formas «normalizadas» de locura, la ética y la responsabilidad subjetiva vuelven a ser traídas a un primer plano por Álvarez para revisarlas y confrontarlas con más de un siglo de pensamiento psicopatológico.

El libro está estructurado en tres apartados. El primero, «Pensar la psicopatología» recoge tres estudios que descubren una serie de argumentos clásicos, aunque en la actualidad subversivos, a cerca de los tres pilares sobre los que se asienta toda teoría sobre el *pathos* del hombre.

¿Queda algo de cordura en la insensatez del sujeto alienado? ¿Es el loco responsable de su voluntad, sus actos y sus pensamientos? ¿Es la psicosis sólo lo que se muestra visiblemente al patólogo o está también allí donde no lo parece? El segundo bloque, dedicado a la «Alucinación y los fenómenos elementales», aborda los aspectos más cruciales de las manifestaciones de la locura. Mientras algunos modelos de la psicosis —como la demencia precoz kraepeliniana, en la que los síntomas son divididos en nucleares y accesorios— tratan de organizar un campo nosográfico en el que lo «primario» se destaca frente a aquello supuestamente «secundario», otras concepciones dirigieron sus miras a los momentos iniciales de la psicosis con la intención de descubrir un mecanismo precursor, un signo esencial y organizador del devenir del cuadro semiológico. Autores como Marguliès, Neisser, Meynert, Westerterp, Gaupp o el propio Clérambault, pioneros en el estudio de los momentos fecundos y prodrómicos de la psicosis aportaron descripciones fundamentales para el futuro de la clínica, aunque éstas no quedaran sino circunscritas al terreno de lo semiológico. Sin embargo, Álvarez traza un puente virtual entre aquellos y Lacan, quien retomaría el testigo de dichos estudios para profundizar en una teoría sobre los fenómenos elementales, el desarrollo y la estructura de la psicosis. En último término, «Paranoia y delirio» sirve de broche con el que fijar cuáles han sido las discrepancias históricas entre locura y saber, entre el sujeto de la certeza y el «amo» del saber científico.

Si como venimos diciendo, tres son los apartados con los que se organiza la columna vertebral de este ensayo, el primero es el mayor de los homenajes éticos que se pueden ofrecer al pathos del hombre y su alienada sin-razón. Un alegato reflexivo mediante el cual liquidar esa deuda simbólica con la que el supuesto-amo-del-saber ha venido, durante siglos, postergando el reconocimiento de su ignorancia frente a la verdad testimonial del loco. En los primeros artículos del mencionado epígrafe, el autor le da la palabra al loco, como hicieran los pensadores de la Antigüedad clásica o el mismo Pinel —padre del pertinente «tratamiento moral»—, para saber de sus pasiones y aliviar el sufrimiento que anida en el ostracismo de sus más íntimas experiencias inefables. El uso terapéutico de la palabra tiene sus orígenes en el pensamiento clásico filosófico, entendido éste como sabiduría con la que conducir las pasiones con templanza y ordenación. Así, escépticos, epicúreos y estoicos coincidían al concebir que «la labor del maestro filósofo en modo alguno consistía en la reeducación o en la instrucción [...] Se trata, por el contrario, de una acción a resultas de la cual el sujeto que se hunde y clama auxilio sale modificado merced a la intervención del filósofo; es una operación que afecta al modo de ser del doliente, pero que rebasa la instrucción o la transmisión de un saber», según nos informa el autor (p. 37). Pues, si hay algo que Pinel supo captar del saber clásico, inaugurando la era terapéutica de la alienación mental, no es otra cosa que el valor salutífero de la palabra aplicado en el diálogo con el loco «mediante una adecuada «descarga moral» [que consiguiera] poner al alienado en un estado opuesto y contrario a aquél en el cual se hallaba antes de recurrir al exceso pasional» (p. 49). Sin embargo, quien verdaderamente descubrió el poder del lenguaje, «esencia de lo humano», tal como el autor de este ensayo lo considera, no fue otro sino Freud, el ingenioso y subversivo fundador del pensamiento psicoanalítico. En el síntoma supo escuchar, como nadie antes lo había hecho, la conjunción del pathos con el *ethos*; el determinismo subyacente en el nacimiento del malestar con «el compromiso irrevocable que cada cual mantiene con su malestar y su goce» (p. 59). Por tanto, parafraseando a J.-A. Miller, se puede entender que desde la invención freudiana «no hay clínica sin ética». Y por ello el psicótico, como todo sujeto afligido en «el alma», es también un sujeto *responsable*, cosa

que desde la Antigüedad resuena, aunque muchos no quieran saber nada de ello. Como señala Álvarez, no se trata de culpabilizar al loco de sus males sino que, contrariamente a toda intención perniciosa, subrayar su responsabilidad como humano es creer en el trabajo que el propio psicótico puede lograr poner en marcha para conseguir una estabilización frente al desorden en el que su locura le sitúa. Citando al autor: «Lamentablemente, la implantación y generalización de la ideología de las «enfermedades mentales» han contribuido en buena medida a la irresponsabilización del loco, cuyas consecuencias afectan de forma directa a la terapéutica en la medida en que implican una desconfianza en las capacidades subjetivas para salir de la locura, a menudo mediante el trabajo delirante» (p. 71).

El segundo apartado del libro abre un espacio de reflexión entre fenómeno y experiencia en la psicosis. Del gran postulado esquiroliano sobre la alucinación —aquella definida como «una percepción sin objeto»— se da un salto abismal con un paso hacia atrás en el tiempo de la psicosis. De esta manera el autor propone, a la luz de la enseñanza lacaniana, dos variaciones respecto al axioma sensorialista de los grandes tratadistas del XIX. ¿El problema de la alucinación es ser un trastorno de la percepción o, más bien, un fenómeno de emancipación del lenguaje? Previo a la verbalización de los contenidos alucinados, ¿existe algún signo elemental que delimita y organiza el terreno ulterior sobre el que asentará el desarrollo de la psicosis? Como fuera la *krankhafte Eigenbeziehung* o autorreferencia mórbida para Clemens Neisser y la *le petit automatisme mental* para Gáetan de Clérambault, la investigación sobre el momento fecundo de la psicosis y sus fenómenos elementales representa la muestra más memorable del rigor clínico y psicopatológico de José María Álvarez. Pues, a mi entender, si hay algo verdaderamente innovador en esta obra, sin tener a menos el resto de capítulos, es aquél que se desarrolla bajo el epígrafe «La certeza como experiencia y como axioma». El autor del presente libro hace renacer en este artículo el espíritu semiológico tan funestamente olvidado por la psiquiatría contemporánea y que caracterizó a los más grandes semiólogos de finales del siglo XIX y principios del XX. Así, regresando al momento inaugural de la psicosis, como también hicieron aquellos que contrariaron el procedimiento kraepeliniano para el estudio de la locura, el autor nos desnuda el signo esencial de lo que es distintivo en la estructura psicótica, es decir, la certeza que atrapa al sujeto en una experiencia, en una significación enigmática que irresolublemente le concierne. Distinguiendo ésta de las creencias a las que se aferra el sujeto «normal» para afirmarse frente al desconocimiento en un cierto saber, y dibujando las diferentes formas con las que el fenómeno elemental psicótico captura al sujeto en los albores de la psicosis, extraemos la diáfana visión unitaria de la locura con la que Álvarez señala un camino a seguir. Autorreferencia y xenopatía, axioma y experiencia de certeza, son los dos polos en los que Álvarez ha sabido escuchar las posibles posiciones subjetivas con las que el loco asiste al momento del desencadenamiento de su psicosis. La experiencia primordial en la que el sujeto se ve invadido y preocupado por una significación inefable puede asumir dos formas, dos tipos de fenómenos, dependiendo de si en su articulación subjetiva el Otro está o no presente. «En el caso de la esquizofrenia pura [...], resultan características las que atañen a la fragmentación y la atomización del cuerpo y del lenguaje; en la melancolía, sea o no delirante, las relativas a la indignidad, la culpabilidad y el autodesprecio; en la paranoia, las referidas al saber y la verdad, como son la alusión, la intuición, la interpretación y la revelación» (p. 168). Tal es así que, atendiendo a la respuesta o pasividad que el sujeto adopte frente a la emergencia de lo insondable de su ser, elaborando un axioma sobre su saber a cerca del Otro o bien encarnando un

cuerpo que se fragmenta bajo la automatización del lenguaje, es posible argumentar una visión unitaria de la psicosis en la que las distintas posiciones subjetivas psicóticas —melancolía, paranoia y esquizofrenia— representan la distintas soluciones, transiciones y «vías muertas» con las que el sujeto se bandeará tras la efectuación de la forclusión. Si bien la experiencia de la certeza puede ser común a todas ellas, el axioma o fórmula de la certeza «sólo se observa [...] en la paranoia y en la melancolía». Mientras el esquizofrénico, sumido en la perplejidad más angustiosa, no es capaz de elaborar ninguna significación frente a las experiencias enigmáticas de desmoronamiento del lenguaje y el cuerpo que vive con pasividad, el paranoico y el melancólico logran salir del Uno construyendo un axioma «que sirva de encofrado al delirio que podría llegar a inventar». Mas, si el paranoico, como describe José María Álvarez, inventa una solución mediante la presencia de un Otro gozador causante de su padecer, el sujeto melancólico «configura su axioma de certeza en relación con su propio ser considerado como indigno» (p. 173). De este modo se habrá trazado una concepción nosológica de la psicosis según la cual, en las antípodas de la apostasía que inunda la psiquiatría positivista, el sujeto psicótico dispone de cierto margen de maniobra para tratar de hacer más soportable su drama. Asimismo, también el clínico detendrá la posibilidad de intervenir, durante la cura, para «favorecer o frenar las respuestas [...] del psicótico, sea para encauzar su creación o para limitarla».

Finalmente, el ensayo culmina con el apartado dedicado a «La paranoia y el delirio». En éste se incluye un amplio estudio consagrado al personal «caballo de batalla» con el que Álvarez se arrancó en el estudio de la psicosis a través de su Tesis Doctoral y que, en el epílogo, José R. Eiras no ha dudado en calificar de «pequeño tratado». Como el autor plantea, a lo largo de la historia de la clínica, la paranoia o el problema de las locuras parciales —en el que se incluye la melancolía— siempre han mostrado la inconsistencia de los modelos médicos de las «enfermedades mentales». Que la paranoia, la más lúcida de las psicosis, ha sido y seguirá siendo un obstáculo para el discurso psiquiátrico positivista tiene que ver con que, según la ideología científicista, el psicótico sea considerado tal que un sujeto desmañado, aniquilado por la locura e incapaz de hacer frente al sufrimiento que padece. Sin embargo, precisamente será en ese punto ciego de la clínica psiquiátrica donde surgirá Freud y el psicoanálisis para escuchar en el delirio paranoico, allí donde nadie lo intuyó, el verdadero compromiso del sujeto por reconstruir, de algún modo, su ya trastabillada existencia.

A modo de colofón, Álvarez rescata en este apartado, como ya hiciera en otros estudios del libro, dos de los casos de psicosis que más han dado que hablar a lo largo del último siglo de clínica: el caso del magistrado D. P. Schreber, y el caso del maestro y asesino E. Wagner. Dos casos paradigmáticos de paranoia en los que la responsabilidad, el pasaje al acto y el trabajo delirante como estabilización se ponen de manifiesto tanto en el testimonio de sus protagonistas como en las líneas de interpretación de aquellos que intentaron avanzar más allá de los hechos y los fenómenos patológicos.

Si hay algo que me ha enseñado José María durante el tiempo que le vengo leyendo y le conozco es, precisamente, que para aprender a «tratar» con la locura es indispensable saber que, como bien dijo Sócrates, «sólo sé que no sé nada». A partir de ahí, pongámonos a escuchar al loco.

**Juan J. DE LA PEÑA ESBRI**

COLINA, Fernando. *Deseo sobre deseo*, Valladolid, Cuatro Ediciones, 2006. 170 pp.

El devenir perpetuo del deseo, que es comparado con el mítico Sísifo y su esfuerzo eternamente renovado, es gozosamente representado en este libro, al principio, por una especie de *matema*, de *función geométrica* (la expresión X, Y, Z), que desde su desnuda sencillez le sirve al autor para describir con rara precisión todas las peripecias odiseicas del deseo y sus múltiples estrategias de desarrollo. Cualquiera que sea su recorrido, su finalidad máxima es la de desear, seguir deseando, como única forma de evitar la nada, incluso deseando la nada para evitarla, planteando la cuestión con un formidable oxímoron de degustación genuinamente nietzscheana.

El capítulo II, dedicado al estudio de la pulsión y el placer y su relación con el deseo, es el espacio donde se dan cita el mayor número de arcanos que encierra la psicología, donde las aporías parecen pasearse con mayor altivez. El concepto de pulsión (esa «épica de la nada») es inaprensible, en su posición ontológica límite, como todas las nociones imbricadas en la torturante correlación alma/cuerpo. Nada es verdaderamente cognoscible de la naturaleza de la pulsión, sólo sabemos de ella a través de derivados y representaciones, o por el influjo que ejerce sobre el deseo, del que de algún modo se constituye en oscuro origen, del que la palabra, como feliz partera, le alumbra para incorporarle al orden de la cultura. Es de interés resaltar que el posicionamiento epistemológico del texto se decanta inequívocamente por un monismo de principio, el de la pulsión de muerte, que sólo se desdobra, o incluso se multiplica, por la acción del deseo, el lenguaje y la cultura; sin embargo este monismo se queda en el nivel de simple postulado, sin más garante teórico que un antidualismo freudiano militante, quizás porque ambos posicionamientos sólo pueden sustentarse en su exclusión mutua. Al desarrollar conceptos tan fascinantes como el de placer, el dolor, el síntoma o el enigmático goce, el texto se extiende en valoraciones sobre el masoquismo, y destaca la servidumbre de todas estas categorías respecto del cuerpo, llegando a definir el psicoanálisis como un nuevo epicureísmo. En el goce (noción que quizás reclama un mayor desarrollo) contrarios como el placer y el dolor coexisten, o incluso llegan a identificarse, según el nivel de conciencia, más allá de toda posible representación.

En los capítulos III y IV se estudian respectivamente las distintas estrategias personales que el sujeto pone en marcha para gestionar sus deseos, consideradas tan exclusivas de cada individuo como las huellas digitales o el perfil de ADN. Estas estrategias se arraciman en dos grandes grupos: las llamadas propuestas clásicas y las respuestas estrictamente subjetivas. Las clásicas son las preanalíticas o prepsicológicas (en el sentido de la psicología profunda o freudiana) y comprenden los códigos morales que se han sucedido en las distintas etapas históricas y que han ido plasmándose en las doctrinas de las sucesivas escuelas filosóficas, desde el período helenístico hasta finales del siglo XIX. Se trata de patrones éticos o religiosos que cada sociedad adopta de una manera consciente, y que en la edad antigua consistían indefectiblemente en una respuesta de moderación, de contención del deseo, incluso el epicureísmo, a pesar de su fachada hedonista. Se pasa revisión minuciosa a las escuelas grecorromanas, pero también a algunas figuras del pensamiento moderno o ilustrado, como Montaigne o Spinoza, o los psiquiatras Pinel y Esquirol, reflexionando igualmente sobre la sutileza que ante el deseo han mantenido los libertinos, ejemplificados en tres personajes míticos: Don Juan, Casanova y el disoluto Valmont, el imprecadero personaje de Choderlos de Laclos.

Conviene no escatimar la presunta obviedad de que las «respuestas subjetivas» son las que emite el *sujeto*, en el sentido de sujeto del inconsciente, es decir, el que constituye el *objeto* de la psicología freudiana y su amplio desarrollo posterior, aunque entiendo que también abarca la respuesta que desde la filosofía formuló el genio nietzscheano, o incluso su precursor Schopenhauer. Estas estrategias suponen un conflicto entre deseo y moral, entre deseo y conocimiento filosófico o «científico». Se trata de la otra ciencia, la única que considera al sujeto en su radicalidad, la ciencia freudiana, que Colina no duda en denominar «ciencia del deseo». Y es aquí donde él despliega todo su saber clínico, describiendo con dominio las tres formas prototípicas que adoptan las neurosis: la respuesta histérica, la obsesiva y la transgresora, consideradas no sólo como entidades nosológicas, sino como paradigmas universales de gestión del deseo, disponibles a todos los humanos, sanos o enfermos, aunque sea en la clínica donde los modelos se presentan más pulidos.

A mi juicio es la descripción de la histeria la que alcanza mayor grado de perfección, y la que produce una mayor sensación de hechizo, quizá porque la seducción forma parte de su peculiar idiosincrasia. El histérico básicamente anhela con gran vehemencia la puesta en marcha del deseo, pero le horroriza su satisfacción, lo que le hace situarse en una continua impostura, encontrando una satisfacción vicariante al cercenar el deseo del otro, que en definitiva identifica como propio, cumpliendo literalmente el ya aludido eslogan lacaniano de que *el deseo es el deseo del otro*, lo que ha llevado a algún teórico a formular que el núcleo de todo deseo es histérico de inicio. En cambio, la respuesta obsesiva me ha parecido algo más desdibujada, dentro del admirable tono general; el obsesivo busca por encima de todo mantener al deseo bajo perfecto control, para intentar la evitación de la culpa que eventuales descuidos podrían reportarle, reduciendo su existencia a una especie de cotidianeidad ritualizada y asfixiante.

Pero sin duda la exposición más novedosa es el estudio que hace de la transgresión, tercero de los paradigmas estudiados. Se trata del sujeto declarado en rebeldía ante la ley a la que el deseo debe someterse por su propia naturaleza (se desea lo que se prohíbe), si no quiere fundirse con lo meramente pulsional. Se trata de un componente esencial del deseo en cuanto a su necesidad de explorar todas las posibilidades del placer. Dos son los riesgos de la transgresión: el naufragio en la pulsión (la locura) o el proceso de degradación del afán transgresor, desembocando en la perversión, aunque ésta puede no ser transgresora si se funda más en la repetición que en la transgresión propiamente dicha. La transgresión es perversa cuando reduce al otro a la sumisión ciega o a la cosificación.

Se contemplan además otras alternativas de negociación del deseo, aunque pertenezcan ya casi en exclusividad a la psicopatología, como son el eclipse del deseo por debilitamiento de su energía, como es el caso de la melancolía, o la exclusión trágica del sujeto de toda dinámica deseante para desembarcar —si tiene fortuna— en el campo del delirio. Las psicosis están aludidas de manera dispersa a lo largo de la obra, sirviendo siempre de contraste abrupto por su singular impedimento para utilizar la palabra como modulador del furioso empuje pulsional, dejando así al sujeto inerte, en una de las soledades más trágicas que le sea dado experimentar al ser humano. A la locura dedica el autor algunas de sus frases más inquietantes, aunque queda sólo en esbozo, como agazapada, al margen de la corriente central de estudio de la dinámica del deseo; a este respecto es oportuno derivar a la lectura, o a la relectura, de *El saber delirante*, otro de los ensayos maestros de Colina. Por cierto, resulta igualmente inquietan-

te una omisión voluntaria que el autor hace explícita (pág. 101) al referirse a «nuestra inamovible estructura interna», advirtiendo que nada va a abordar sobre su génesis. Sería espléndido que pudiéramos en el futuro disponer de una nueva publicación suya sobre esta cuestión tan delicada como decisiva.

El quinto y último capítulo, dedicado al deseo de poder, es probablemente el más original e innovador, el que más conecta con nuestra modernidad, y el más rompedor con la ortodoxia freudiana. De hecho el autor manifiesta que «el deseo de poder sigue siendo un deseo inexplorado, a la espera de un nuevo Freud que desvele su lógica y sus secretos». Es también el más foucaultiano y nietzscheano de los capítulos. Parte del postulado del sexo y el poder como los dos únicos móviles del hombre, como representantes universales del deseo. El poder es presentado como algo que nos atañe a todos, porque se infiltra en todas nuestras posibles relaciones, incluidas las más aparentemente altruistas, o incluso en las relaciones sexuales, ya que todo deseo estaría determinado por los dos representantes mencionados. Es el deseo de poder el que asegura la continuidad del deseo, para poder neutralizar la angustia que nos acecha, siguiendo la deriva de ese anhelo que, también, nos constituye como humanos: el deseo de inmortalidad... Se distinguen tres formas de presentación del deseo de poder: el impulso a la diferencia (búsqueda de distinción, gloria, honor, etc.), el afán de dominio y el afán de posesión. Su aspecto más positivo le emparenta con la libertad, y su faceta negativa le aboca a la tiranía. El texto se extiende sobre cuestiones tan sustanciales como la relación entre amor y poder, la fisicidad encarnada del poder («todo poder es físico», citando a Foucault), la necesidad de la rebeldía (y sus riesgos) como experiencia obligatoria de nuestro desarrollo, el *tartufismo* de ciertas formas de abnegación o de mansedumbre, etc.

Pero la obra no se limita a este desfile apretado de construcciones teóricas. A menudo soslaya el discurso principal para ofrecer un rosario de aplicaciones prácticas de las doctrinas que expone, lo que resulta bastante novedoso en la obra de Colina (si se exceptúa su semanal aventura periodística en *El Norte de Castilla*), adentrándose en una gran diversidad de temas de interés antropológico, sociológico o político, algunos de ellos de rabiosa actualidad; y lo hace con tal profundidad y tal apego a la apuesta arriesgada, con tal sentido de responsabilidad intelectual, que ello se convierte en un complemento imprescindible del bloque teórico, y uno de sus más irresistibles reclamos. Cuestiones polémicas como el feminismo, la relación entre masculinidad y poder, la tendencia a la igualdad sexual (dialéctica entre la igualdad y la diferencia), la crisis de la masculinidad y del paradigma heterosexual, la crisis identitaria de la virilidad («¿qué es ser hombre?» complementa y casi sustituye en este siglo al tradicional enigma sobre la esencia femenina...), la homosexualidad como variante de la identidad sexual (y las tradicionales contradicciones de la ortodoxia psicoanalítica para su esclarecimiento pleno), la relación entre educación y poder, la autocracia de la moda, el movimiento uniformemente acelerado de la tecnología y del cambio en las costumbres, la sociedad de la prisa y del consumismo (dictadura del deseo: o deseas o eres excluido), el imperio de la publicidad, las lacras del ultraliberalismo, el fundamentalismo nacionalista, el riesgo permanente del fascismo (tan imputable al tirano como a los súbditos que le *necesitan*, desde el miedo a la libertad...), y algunos más, sobre los que vierte opiniones verdaderamente comprometidas y clarificadoras, con sus toques contradictorios y provocadores. Al cierre de la obra introduce una reflexión sobre la guerra, sobre su fascinación y su vileza, la guerra como «orgia periódica del poder», un fenó-

meno de masas cuya inevitabilidad debe convivir con la necesaria utopía de su erradicación de la historia.

**José Manuel SUSPERREGUI**

LAFUENTE Enrique, LOREDO José Carlos, HERRERO, Fania y CASTRO Jorge. *De Vives a Yela: Antología de textos de historia de la psicología en España*, Madrid, UNED Ediciones, 2005. 370 pp.

Nada más abrir las páginas del libro objeto de este comentario, su contenido, estructura y diseño me recordó un volumen titulado *La Psychiatrie*, publicado en 1994 por Jacques Postel en la colección Textes Essentiels de Larousse. Me costó un poco encontrarlo, pues mi biblioteca no es precisamente un modelo de orden sistemático, pero finalmente pude localizarlo y comprobar que, en efecto, aquellos textos esenciales de la psiquiatría —desde Cullen a Cooper; de Pinel a Basaglia— profusamente subrayados y anotados en el ejemplar que poseo y que tantas veces (sobre todo a finales de los años noventa) me han ayudado a preparar clases o a proponer determinadas lecturas a mis alumnos, tenían una extraña similitud con *De Vives a Yela: Antología de textos de historia de la psicología en España*. Naturalmente, el parecido se quedaba en la correcta organización formal de una antología de textos «clásicos» con fines docentes; las diferencias, por demás evidentes, consistían en la selección de dichos textos: psiquiátricos y sin acotación geográfica en el primer caso; psicológicos y españoles en el segundo.

No cabe duda que la edición de textos clásicos, ejemplares o curiosos reviste un gran interés como oferta editorial en el ámbito general de la historia y, de manera particular, en el de la historia de la ciencia. Al igual que una «obra maestra» en la historia del arte o de la literatura, un «clásico» de la ciencia es aquel que contiene en sí elementos diversos, que escapando de su tiempo, le permiten ser objeto de diversas lecturas a lo largo de la historia. Pero también existen textos que, aunque no resistan el paso del tiempo, desde un punto de vista epistemológico, permiten —si son adecuadamente contextualizados— comprender por qué y en qué circunstancias fueron producidos, difundidos y discutidos. En cualquier caso, la función pedagógica de los «textos» resulta evidente y, en buena medida, constituye una herramienta habitual para la docencia (el tradicional comentario de texto) y para la reflexión histórica.

La voluntad docente y pedagógica del libro que comentamos es, sin duda, el más importante de sus objetivos. Sus autores, dirigidos por el solvente historiador de la psicología Enrique Lafuente, acometen una antología de textos que parece dirigida fundamentalmente a sus estudiantes, pero que, con seguridad, suscitará el interés de los profesionales de la historia de la psicología y de la medicina y, desde luego, de psicólogos y de médicos.

Se trata de una antología en la que se reproducen nada menos que 66 textos, en general de escasa extensión, bien por la propia naturaleza del escrito en cuestión, bien porque los editores han optado por proporcionar un fragmento suficientemente significativo —en su opinión— de un trabajo más largo. Por eso, a veces, algunas de las lecturas «saben a poco», pues apetecería haberlo leído completo. Sin embargo, como bien se advierte en la introducción, se

ha preferido brevedad en los contenidos para poder ofrecer una panorámica, lo más amplia posible, de autores y tendencias.

La antología está ordenada cronológicamente, desde López de Ayala, Vives y Huarte hasta Pinillos y Yela. No obstante, el lector podrá identificar con facilidad una serie de líneas temáticas persistentes que le permitirán, si lo desea, programar sus lecturas «por temas» o «por problemas», viajando hacia adelante y hacia atrás por las páginas del libro. Así, una posible clasificación de las materias contenidas en esta antología, que no agota otras posibilidades, podría incluir aspectos como la racionalidad de los animales (Feijoo, Gómez Pereira, Hervás, Dionisio Nieto), el cuidado y las tecnologías de yo (Ignacio de Loyola, Gracián), la naturaleza del alma y de la conciencia (Francisco Suárez, Monlau, Zeferino González), las diferencias individuales (Huarte, Gerónimo Cortés), la psicología nacional (Altamira, Salillas, López Ibor), la psicotecnia (Lafora, Mira, Mercedes Rodrigo, Germain), la fundamentación y aplicación de la psicología (Cajal, Turró, Ortega, Pinillos, Yela, Siguán), etc.

Todos los textos están precedidos de un breve comentario introductorio al autor y a la obra correspondiente, así como unas mínimas indicaciones bibliográficas.

Se trata en definitiva de una obra útil para la docencia, pero también de un libro de consulta en el que puede encontrarse una visión panorámica del pensamiento psicológico español, desde los «protopsicólogos» del Renacimiento hasta la brillante psicología científica de la generación de 1916.

En este momento, el libro de Postel —al que he aludido al comienzo de esta nota, y el de Lafuente— permanecen juntos en la misma balda de mi estantería, ya no me costará encontrarlos.

**Rafael HUERTAS**

LIVIANOS, L., CISCAR, C., GARCÍA, A., HEIMANN, C., LUENGO, M.A., TROPPE, H., *El manicomio de Valencia del siglo XV al XX. Del Spital de Fols., orats e ignocents al convento de Jesus*, Valencia, Ajuntament de Valencia. 2006.

La escuela valenciana de historia de la Medicina, que tiene, además una amplia producción en lo que al devenir psiquiátrico se refiere, nos ofrece en esta ocasión una interesante aportación, fruto del esfuerzo de varios investigadores coordinados por Lorenzo Livianos. Esta hermosa edición sobre el Manicomio de Valencia, en colaboración con el Ayuntamiento de la ciudad, aparece como el octavo libro de la Colección *Científicos Valencianos* auspiciada por el profesor José M<sup>o</sup> López Piñero. Este maestro, testigo de muchas generaciones de médicos dedicados a la historia de la disciplina e historiadores de la Medicina, presenta este libro necesario para honrar a una institución pionera en la atención psiquiátrica. En su presentación, el profesor muestra su orgullo por la conclusión de este proyecto alabando el trabajo de síntesis de los investigadores y no ahorra críticas el enfoque foucaultiano de psiquiatras e historiadores.

El libro se estructura en seis capítulos ordenados cronológicamente y redactados cada uno de ellos por un autor, lo que le confiere cierta heterogeneidad en el estilo e, incluso, en las

citas bibliográficas. Esta cuidada edición, toda ella ilustrada con bellos grabados, pinturas y otros elementos iconográficos alusivos a la locura, resulta de lectura ágil, cuestión nada fácil en un ejemplar de medio millar de páginas. Compila el resultado de más de veinte años de investigación sintetizando diferentes tesis doctorales para lograr un trazado de la historia del tan citado Manicomio de Valencia.

El recorrido comienza en aquel primer sermón pronunciado por el mercedario Juan Gilaberto Jofré el 24 de febrero de 1409, considerado el origen inmediato del hospital de los Inocentes. Este *Hospital dels folls*, ejemplo de las fundaciones hospitalarias de la burguesía bajo medieval, se aprobó gracias al *Privilegio Constituyente* de Martín I (1410) y su organización administrativa se ajustaba al *Llibre de Constitutions*. Múltiples detalles de su fundación, las inmunidades y prerrogativas concedidas en cuatro bulas papales por Benedicto XIII, así como las disposiciones relativas a la hospitalización y las condiciones de estancia son descritas por la historiadora Héléne Tropé. Esta catedrática del Departamento de Estudios Hispánicos de la Universidad de la Nueva Sorbona ya había realizado varias publicaciones sobre el que se ha denominado, no sin cierta polémica por parte de autores ingleses que reivindican la anterioridad de Bethelam, el primer hospital psiquiátrico del mundo. Sin escatimar en la utilización de un rico material archivístico, que afortunadamente se ha conservado en la Diputación de Valencia, realiza una descripción de los locos ingresados tanto en el primitivo Hospital de los Inocentes (1417-1511) como en el Hospital General donde permanecieron los alienados a partir de 1512.

El trabajo de Conxa Ciscar es fruto de su tesis doctoral realizada hace más de una década en el que analiza la sección de locos del Hospital General durante el siglo XVIII. Durante esta época, que coincidió con un momento de expansión del Hospital, comenzó a funcionar un nuevo edificio para locos (26 de setiembre de 1761) y, a finales de siglo, se construyeron los baños para los enfermos, local que permitió la utilización de un remedio terapéutico previamente realizado en una tina y calentando el agua con leña. Se realiza, además, una descripción de los órganos de gobierno, los balances económicos y el movimiento administrativo de enfermos: estancias, defunciones, fugas y altas. Analiza también la autora algunas características sociodemográficas de las *cases de orats*, *cases de orades* y de la goleta, nombre con el que se conocía al departamento de convalecencia. Se ocupa de las obligaciones del padre de locos, que era el principal responsable de las tres secciones de locos descritas y, por tanto, ejercía control sobre la madre de locas y el padre de la goleta. En este segundo capítulo, resulta de especial interés para conocer el discurrir institucional los múltiples datos sobre la vida cotidiana que aporta la autora, entre los que destacan la ropa que vestían los orates tanto a diario como en fiestas, la alimentación o, incluso, las excursiones que realizaban a la playa del Grau.

El capítulo dedicado al siglo XIX, excelentemente documentado, corresponde a Ángeles García Rodríguez quien nos introduce en la agitada sociedad decimonónica, sus desequilibrios demográficos y su pauperización. Además de describir la estructura organizativa, el personal del establecimiento y otras cuestiones del funcionamiento interno, esta especialista en Salud Pública hace especial hincapié en los patrones de mortalidad del establecimiento, no ajenos a las grandes epidemias del siglo. Esta etapa coincide con el máximo deterioro del Manicomio de Valencia, reflejado en las pésimas condiciones sanitarias y el hacinamiento que lo convirtió en un centro de reclusión que tenía más de carcelario que de terapéutico. En esta institución tildada de humanitaria desde su fundación, se instauró, en esta época, una asistencia coercitiva y represiva en la que los médicos carecieron de toda capacidad directiva.

En medio del decadente siglo XIX existe un pequeño paréntesis histórico de especial brillantez que corresponde con el quehacer médico de Juan Bautista Perales y Just durante los cinco años (1848-1853) que dirigió el departamento de enajenados. Lorenzo Livianos junto a Amalia Magraner ya habían publicado en 1991, *Historias clínicas psiquiátricas del siglo XIX. Una selección de patografías de Juan Bautista Perales y Just*, que, en su día, fue un estudio pionero en la investigación histórica en nuestro país a través de las historias clínicas. En esta nueva aportación el autor realiza una síntesis del trabajo clínico y las reformas asistenciales que el médico valenciano impuso durante el quinquenio que permaneció como «Director Médico de Enajenados».

Carlos Heimann, en una síntesis de su tesis doctoral, aborda un período de especial efervescencia que finaliza con el estallido de la guerra civil. Si nos remitimos a la renombrada crítica de Lafora en la revista *España* (Rodríguez Lafora, 1916), el panorama con el se abría el Manicomio al siglo veinte no era muy alentador para enfrentarse al vertiginoso avance que determinadas áreas relativas a la medicina mental habían experimentado. De hecho, en las primeras décadas del siglo XX surgió todo un arsenal de terapias biológicas como la malario-terapia difundida por Julius von Wagner-Jauregg (1857-1940), las terapias de sueño prolongado inducidas por barbitúricos, el choque insulínico descrito por Manfred Sakel (1900-1957) o el choque de cardiazol intravenoso instaurado por Joseph von Meduna (1896-1964), cuya utilización en el manicomio valenciano fueron prácticamente nulas. Por otra parte, se amplió la plantilla y pasaron a engrosar el cuerpo facultativo psiquiatras de cierto renombre como Fernando Domingo Simó, Jesús Marín o el mismo Juan José López Ibor y se sustituyó el personal religioso por personal laico. Reviste un gran interés en este capítulo, la información dedicada a los cuidadores, apreciándose un intento de profesionalización de la enfermería, asunto del que se ocupó Domingo Simó creando el «Diploma del Enfermero psiquiátrico». No es de extrañar, sin embargo, que los citados cambios que, efectivamente, introdujeron algún vestigio modernizador en el Manicomio, no lograran superar el tradicional modelo asilar en el que no era prioritaria la investigación, ni la docencia y aún mantenía unas deficientes condiciones higiénico-sanitarias. El ilustre D. Pedro Laín Entralgo, que había ganado la oposición a médico de guardia en 1934, recuerda años más tarde (Laín Entralgo, 1976) la existencia de malos tratos en la institución.

Para finalizar este volumen Miguel Ángel Luengo describe el «Cierre del manicomio» y el proceso de desinstitucionalización de la que él mismo fue partícipe. Relata las vicisitudes y el movimiento de enfermos durante los años setenta y ochenta cerrándose el proceso el 12 de junio de 1989 cuando se clausura el Manicomio de Jesús, como popularmente se conocía al viejo convento que había acogido, desde 1867 a los habitantes del *Hospital dels folls de Santa maria dels Innocents*.

En definitiva, esta voluminosa historia de uno de los más citados establecimientos psiquiátricos españoles que hemos tenido el placer de leer es recomendable para todos aquellos que estén interesados en la historia de las instituciones manicomiales. Puede servir de ejemplo para investigadores que ya hayan comenzado, o que vayan a comenzar, el estudio de alguno de los múltiples asilos u hospitales psiquiátricos aún por estudiar.

Por mi parte me gustaría animar a que este grupo valenciano de médicos e historiadores que durante las últimas décadas nos ha deleitado con sus interesantes investigaciones, continúe en este buen ejercicio profesional y pudiera, en un futuro, ofrecernos la historia de la insti-

tución durante la guerra y la posguerra. Este lapso de tiempo que transcurre entre el comienzo de la contienda civil y los años setenta descritos por Luengo, comprende un período controvertido en la historia de España que, con el distanciamiento temporal, hoy estamos en mejores condiciones de abordar.

Olga VILLASANTE

MARKEZ, Iñaki. *El bilbaíno Ángel Garma (1904-1993) fundador del psicoanálisis argentino*, Bilbao, bbk. 2005.

Ángel Garma es, sin lugar a dudas, una de las figuras indiscutibles de aquella psiquiatría gestada en el marco incomparable, y probablemente irreplicable, de la llamada «Edad de Plata» de la ciencia española. Sin embargo, y en contra de lo que sucede con Lafora, Mira o Sacristán —por poner ejemplos sobradamente significativos—, su presencia en la historiografía psiquiátrica española no resulta tan constante ni tan crucial como la de los autores citados. Los motivos pueden ser diversos: por un lado, Garma era más joven que los principales miembros de la mítica generación de los *Archivos de Neurobiología*, de modo que, aunque su vinculación a dicho colectivo es más que evidente (fue discípulo directo de Sacristán y llegó a ser secretario de redacción de los *Archivos*), sus aportaciones y su «peso» en la medicina mental de la España de preguerra fue menor que la de sus colegas de más edad. Por otro lado, su orientación psicoanalítica, aunque aceptada de buen grado en su esfera profesional, le alejaba del organicismo «neuropsiquiátrico» que caracterizó a la escuela Madrid. En este sentido, Garma se convirtió en el «primer psicoanalista» español, como tantas veces se le ha denominado, pero también en el único, pues si el psicoanálisis penetró con fuerza en algunos sectores de la cultura de aquella época (Dalí, Buñuel, etc.), su recepción en el ámbito médico fue más que discreto.

A estas circunstancias concretas, debemos añadir la situación general de la mayoría de los científicos exiliados tras la guerra civil. Existen muy escasas aportaciones historiográficas sobre lo que los científicos —y en particular, los psiquiatras— republicanos hicieron en los países que les acogieron. Parece como si el exilio hubiera supuesto la muerte intelectual del sujeto. En no pocas ocasiones, tras la descripción y análisis más o menos minucioso de una obra desarrollada en el estado español, podemos leer: «...y tras la guerra civil, marchó al exilio». Punto. O, a lo sumo, alguna vaga referencia a sus actividades posteriores. De este modo, con cierta frecuencia se ha obviado el hecho de que esos científicos exiliados contribuyeron, en ocasiones de manera muy destacada, a la construcción de determinadas parcelas de la ciencia en aquellos países donde se les permitió vivir y trabajar. Cuando hablo de estas «ausencias», me refiero, claro está, a las historias de la psiquiatría «española», pues, como es lógico, la mayoría de los científicos republicanos exiliados se han incorporado sin dificultades a las tradiciones científicas nacionales correspondientes.

Por todas estas razones, una biografía de Ángel Garma debe ser bien recibida, máxime cuando su autor, Iñaki Markez, nos lo presenta, desde el propio título de su monografía, como el «fundador del psicoanálisis argentino». Así que, desde el principio, ya podemos observar un

cambio cualitativo en la forma de acercarse a la figura y la obra de Ángel Garma, pues ya no aparece solo como «el primer psicoanalista español», sino como uno de los fundadores del importante movimiento psicoanalítico argentino.

Uno de los méritos indiscutibles del libro que comentamos es el manejo de una serie de fuentes (orales, escritas e iconográficas) que el autor ha sabido buscar y conseguir. Su amistad con la familia Garma y el contacto con sus colegas argentinos, le ha permitido obtener una gran información que es aprovechada en la elaboración de esta biografía y que, desde luego, trasciende el mero análisis y discusión de las aportaciones científicas del psicoanalista estudiado. Documentos que son, además, reproducidos en las páginas de este libro y que le otorgan uno de sus mayores atractivos: fotografías que reproducen escenas familiares o eventos profesionales, cartas que nos ofrecen una pequeña muestra de un importante epistolario, el primer acta (fundacional) de la Asociación Psicoanalítica Argentina, etc., demuestran el esfuerzo de Iñaki Markez en su empeño de reconstruir esta «historia de vida» que ocupa prácticamente todo el siglo XX.

Nacido en Bilbao en 1904 y fallecido en Buenos Aires en 1993, sus cenizas fueron a parar, por deseo expreso del propio Garma, en El Abra de la ría de Bilbao; una especie de poética del eterno retorno, mostrando un periplo vital que empezó y terminó en tierras vizcainas. Tal vez por eso, y supongo que por exigencias editoriales (está publicado en la colección *bizkaiko gaiak* = temas vizcainos), el libro se titula *El bilbaíno Ángel Garma*. Sin embargo, no debemos olvidar que este «vasco por los cuatro costados» (p. 12), fue también un científico cosmopolita y políglota que, casado primero con una francesa (Simone Mas) y más tarde con una inglesa (Betty Goode), se formó como psiquiatra y psicoanalista en Madrid y en Alemania, llegó a alcanzar un gran prestigio internacional y a liderar, junto a Pichón Rivière, Cárcamo y Ras-kovsky, el psicoanálisis argentino.

A la hora de estructurar su trabajo, Markez recurre a una biografía convencional en la que va narrando diversos avatares de la vida de Ángel Garma. Es importante tener en cuenta que esta biografía no pretende analizar en profundidad la obra psicoanalítica de Garma. Se apunta, eso sí, su interés por la interpretación de los sueños, la psicopatología, la medicina psicosomática o la técnica psicoanalítica, aunque sin llevar a cabo un estudio exhaustivo de sus publicaciones. Igualmente, se relatan las vicisitudes fundacionales de la Asociación Psicoanalítica Argentina, la fundación de la *Revista de Psicoanálisis*, etc., mostrando algunos elementos claves en el proceso de institucionalización del psicoanálisis en la Argentina. Alusiones obligadas e interesantes, en este sentido, son las dedicadas a la recepción de Melanie Klein o de Lacan en Argentina o al papel desempeñado por las «esposas» de los miembros del núcleo fundacional en el desarrollo del psicoanálisis infantil.

Queda claro que el objetivo de Iñaki Markez al elaborar esta biografía de Ángel Garma es fijarse en el hombre, en su circunstancia y en su periplo vital. Su infancia en Bilbao; su juventud de estudiante en Madrid —en ese caldo de cultivo de la ciencia y la cultura de la España progresista que fue la Residencia de Estudiantes—; su formación en Alemania, recurriendo al psicoanálisis cuando la ortodoxia psiquiátrica no llenó sus expectativas intelectuales; su posición solidaria con los psicoanalistas judíos depurados por el nazismo; su postura en la guerra civil española; su estancia en Burdeos y en París y su traslado definitivo a Buenos Aires,...para retornar, tras su muerte, a Bilbao. Todo ello es descrito por Markez de manera

amena y fluida, en un libro que permite a especialistas y profanos acercarse a una de las figuras indiscutibles del psicoanálisis en el siglo XX.

**Rafael HUERTAS**

PEREÑA, Francisco. *Soledad, pertenencia y transferencia*, Madrid, Ed. Síntesis. Colecc. Perspectivas. 2006. 269 pp.

Es el cuarto libro que el autor nos ofrece desde hace 5 años, en lo que es un recorrido fulgurante, aunque ya sostenido y fértil por el territorio de la clínica del psicoanálisis. Está publicado por la misma editorial, pero en una nueva colección, Perspectivas y como ensayo, pues no sólo es un libro de psicoanálisis, que lo es, sino también de pensamiento sobre el sujeto contemporáneo y sobre algunos problemas cruciales de actualidad, como la violencia y la crueldad que anidan en diferentes escenarios (la guerra, la emigración, los nacionalismos, la pareja o el tratamiento analítico). Su texto es un ejercicio riguroso sobre la clínica, no sobre una clínica estructural sino sobre una clínica del sujeto, es decir, sobre cómo pensar el sufrimiento psíquico que los pacientes llevan al análisis y el trabajo posible de las curas, en una confrontación permanente con los textos freudianos, con los conceptos fundamentales de la teoría y sin olvidar el horizonte y las cuestiones abiertas por la incidencia de la ciencia, de la política y del libre mercado. El libro es «un empeño, dice el autor, contra el determinismo agorero de separar o de no hacer coincidir la clínica psicoanalítica con las elucubraciones psicoanalíticas».

Arranca en su introducción con una pregunta extraída de un texto de Victor Hugo: «¿Qué sabe usted, señor juez, del alma de este hombre?», para atacar la pretenciosidad e infatuación de los saberes contemporáneos sobre lo psíquico, que no se caracterizan precisamente por cultivar y respetar el enigma que subyace a cualquier sujeto; y el psicoanálisis precisamente no habría escapado a ello, pues si nació urgido por la pregunta y el enigma del alma humana, en su afán por hacerse respetable, se vió obligado casi desde sus orígenes a crear un cuerpo de doctrina demasiado rápido, sin la contrastación ni el rigor de la verificación crítica y esa es en mi opinión la apuesta que Pereña mantiene en los últimos años y en todos sus libros, elaborar un pensamiento crítico y vivo sobre la teoría y la clínica. En cierto modo es un ajuste de cuentas, una mirada entre airada, impertinente, apasionada y sin contemplaciones, contra los abusos, excesos e imposturas de las instituciones psicoanalíticas así como de las creaciones teóricas mantenidas en un anquilosamiento endogámico que ha buscado en su aislamiento la inmunidad a la crítica.

El libro está estructurado sobre tres grandes capítulos y ejes temáticos, la soledad, la pertenencia y la transferencia, tres perspectivas, en palabras del autor, «para abordar la angustia y el desamparo humanos. La soledad como condición originaria y más genuina de la subjetividad, la pertenencia como modo de darse un lugar en el otro y la transferencia como escabroso vínculo entre paciente y analista». El entrecruzamiento de estos tres ejes, le permitirá una profunda indagación e incursión en problemas de gran calado de orden epistemológico y clínico para el psicoanálisis.

El autor entiende la clínica despojada de artificio, por eso su libro está libre de jerga. Soledad y pertenencia conforman un eje ineludible de la condición humana. La verdad del hom-

bre es esa condición de exiliado que le obliga a hacerse responsable de su vida y que tiene en la soledad y en el sinsentido las marcas más originarias de su precariedad.

Frente a lo traumático de la experiencia de la soledad, la necesidad ineludible de buscar amparo en el ideal y en la pertenencia grupal y colectiva, lo que instaura un mundo siempre dividido entre creyentes y no creyentes, elegidos y excluidos, salvados y condenados, etc. Está hablando del hombre de hoy, del psicoanálisis y sus grupos y Escuelas, del vínculo social existente, como si fuera preciso velar lo traumático de la soledad con el sentido, con la significación persecutoria y con la interpretación abusiva del otro y la pertenencia. Pero, porque no hay pertenencia natural para los humanos, como no hay identidad lograda, ha de buscarse a través del poder y del agrupamiento que tendrá su rastro esencialmente destructivo. Ese es el fundamento del vínculo social, presente en las parejas, en las relaciones sociales, en las relaciones entre las naciones, los partidos, etc. Visión por tanto nada amable del mundo y de la vida, la de un «realismo temerario», término que toma de Nietzsche para señalar la orientación por un deseo singular y a la vez un «exquisito respeto por los hechos y un dejar que las cosas se te acerquen». Se trata de una reflexión abierta y múltiple en permanente interlocución con textos y autores de los que se nutre y que le confiere esa originalidad y potencia a su escritura. Hay que destacar la condición de apasionado e impenitente lector de nuestro autor, un lector muy atento y que sabe extraer de sus lecturas una visión muy singular. Así nos llegan Aristóteles y la causa final o sentido último de gran trascendencia en todo el texto, las disquisiciones teológicas de algunos padres de la Iglesia como San Agustín que le son imprescindibles para abordar la cuestión de la pertenencia y de la religión como modelo del sentido y de la causa final que salva y redime, pero que produce a la vez su efecto de condena y exclusión. Kafka imprescindible para entender la soledad y la humillación del hombre moderno; Walter Benjamín o la pertenencia imposible o ese maestro en psicosis e inspirado teólogo que fue Schreber o más cercano a nosotros su admirado Sánchez Ferlosio y por supuesto sus pacientes a los que permanentemente hace entrar en escena. Estos son los elementos con los que respira y forja su obra en soledad pero convocándolos en permanente diálogo.

No son disquisiciones teóricas más o menos sofisticadas lo que le interesan sino el debate y la crítica razonada de problemas cruciales para la clínica del sujeto y del psicoanálisis.

La soledad del sexo y del amor y los modos de enfrentarlas para hombres y mujeres en la neurosis y en la psicosis. Lo inconmensurable de la subjetividad, esa brecha o herida de lo humano por su doble condición de viviente y hablante, brecha que supone la existencia de la pulsión, será para él la razón de que no podamos hablar ni de biogénesis ni de psicogénesis. Él debate etiológico, la causalidad y la determinación, las llamadas por él paradojas deterministas en Freud, las aborda en relación con la posibilidad del cambio terapéutico en los análisis y con el problema de la responsabilidad subjetiva. En relación con esta cuestión retoma la crítica de Wittgenstein a Freud sobre la confusión freudiana entre razón y causa, crítica epistemológica sería que los psicoanalistas no parecen haber atendido.

Otra línea de fuerza de su texto es el estatuto moral que transcurre desde el síntoma hasta las curas, pues cabe pensar que esa dependencia radical y originaria del humano a la que queda expuesto para poder vivir, sitúa siempre el conflicto pulsional implicado en los síntomas en un horizonte moral, donde la responsabilidad subjetiva ocupa siempre un lugar central. Rescata el concepto de *versagung* freudiano que traduce por decepción, como nuclear y a la vez más próxi-

mo a la experiencia de la neurosis y de su tratamiento y aunque son otros muchos los conceptos que aborda, como es el error o los prejuicios de Freud en la concepción de la mujer, de su narcisismo y su capacidad para amar, es en su estudio sobre la transferencia donde se interroga, interroga al psicoanálisis y a los psicoanalistas por ese vínculo que ya Freud reconoció como «una humillante rectificación de nuestras pretensiones científicas», por su efecto de sugestión y en este sentido de obstáculo al análisis y que por otra parte es esencial como motor de la cura. El autor defiende tajantemente el valor de la transferencia como repetición contra gran parte de la doxa analítica y señala que es precisamente por su carácter de repetición de la decepción y de la aceptación por lo que se abre la posibilidad del cambio terapéutico.

Para Francisco Pereña la transferencia es uno de los grandes problemas del psicoanálisis, porque en ese vínculo entre paciente y analista se reproduce el «escenario de la íntima humillación» que todo sujeto alberga en su historia y que le hace propenso a la sumisión más absoluta al poder del analista.

Volviendo a Freud, cree que el paciente resuelve su neurosis cuando resuelve su transferencia, es decir, que no habría realmente final de análisis, sino interrupción de la cura y desprendimiento de ese anhelo de redención y salvación que implica la pertenencia transferencial. Curarse de la demanda de curación es el nombre que propone para la cura analítica y para la resolución de la transferencia que debe quedar fundamentalmente como condición de la elaboración.

Estas y otras cuestiones pueden abrir un debate fecundo. La lectura de este libro no puede dejar indiferente a nadie. Debería crear polémica entre los analistas, pero ésa es una denuncia que precisamente está presente en el libro, el inmovilismo y la falta de debate crítico en el campo psicoanalítico.

Es un libro hermoso, de muy cuidada edición, que obliga a pensar al lector, que conmueve sus convicciones, que abre muchas preguntas, que cuestiona más que afirma, por eso no es recomendable su lectura a quien busque recetas o cómodas certezas para la clínica o para la psicoterapia o para la vida.

**José María REDERO**

REY GONZÁLEZ, A.; JORDÁ MOSCARDÓ, E.; DUALDE BELTRÁN, F.; BERTOLÍN GUILLÉN, J.M.  
*Tres siglos de psiquiatría en España (1736-1975)*, Madrid, Asociación Española de Neuropsiquiatría, 2006. 430 pp.

Hace un par de años, en el volumen III, fascículo 1, de *Frenia*, publicado en 2003, se reseñaba el libro de Antonio Rey y José Manuel Bertolín, *Bibliografía psiquiátrica: artículos de revistas médicas españolas, 1901-1931*, Valencia, Ed. Moliner-40, 2002. Además de resaltar la importancia y utilidad de los repertorios bibliográficos (y de éste en particular), indicábamos que se trataba del avance de otra obra, en la que un solvente grupo valenciano de historiadores de la psiquiatría coordinados por Antonio Rey venía trabajando desde hacía tiempo. A juzgar por el buen resultado del anticipo (acotado cronológicamente en el primer tercio del siglo XX), cabía pensar, y esperar, que el prometido *Tres siglos de psiquiatría en España* fuera una aporta-

ción fundamental, en su género, a la historiografía psiquiátrica. Nuestras expectativas no se han visto defraudadas y, por fin, tras una serie de avatares, felizmente superados por el tesón y la profesionalidad de sus autores, podemos contar con el que, sin duda, constituye el más importante repertorio histórico-psiquiátrico español.

*Tres siglos de psiquiatría en España* representa, en efecto, la primera base de datos bibliográfica dedicada exclusivamente a fuentes psiquiátricas, entendidas éstas en sentido amplio (incluye trabajos de antropología, frenología, neurología, pedagogía, psicoanálisis, psicología, sexología, etc.), aparecidas en revistas médicas generales y especializadas publicadas entre 1736, fecha que marca el inicio del periodismo médico español, hasta 1975, que representa el final de una época reciente de la historia de España sobre la que ya puede tenerse una adecuada perspectiva. Las más de 9000 referencias bibliográficas recopiladas nos ilustra sobre la producción psiquiátrica española y sobre sus soportes de difusión, dándonos a conocer un panorama amplio y real de la misma, más allá de los Manuales y Tratados de los «grandes autores».

Como es sabido, la elaboración de repertorios bibliográficos exige una labor minuciosa y complicada, muchas veces ingrata y no siempre debidamente apreciada. Por eso nuestro agradecimiento a Antonio Rey, Enrique Jordá, Fernando Dualde y José Manuel Bertolín debe hacerse patente, pero no solo porque ponen a nuestra disposición un precioso material bibliográfico, sino porque con él, contribuyen, de manera consciente, a que la historia de la psiquiatría siga siendo una disciplina viva y dinámica. No me cabe duda de que un examen detallado de *Tres siglos de psiquiatría en España* estimulará futuros trabajos histórico-psiquiátricos, pues informará sobre posibles temas y facilitará su abordaje, suministrando una ayuda de incalculable valor a la fase heurística de la investigación.

Pero el agradecimiento, además de a los autores, debe hacerse también a la Asociación Española de Neuropsiquiatría, que ha tenido la sensibilidad y el gran acierto de publicar el libro y albergarlo en su web el repertorio, lo que facilita su consulta *on-line* (<http://www.asoc-aen.es/web/docs/Estudios33.pdf>) pero también posibilita futuras actualizaciones y correcciones.

**Rafael HUERTAS**

RIVAS, Enrique. *Pensar la psicosis. El trato con la disidencia psicótica o el diálogo con el psicótico disidente*, Málaga, Miguel Gómez ediciones, 2005. 288 pp.

El último libro de Enrique Rivas lleva por título *Pensar la Psicosis. El trato con la disidencia psicótica o el diálogo con el psicótico disidente*, y lo publica la misma editorial malagueña (Miguel Gómez Ediciones) que ya editó el anterior libro del autor (*Psiquiatría & Psicoanálisis: La clínica de la sospecha*) en el año 2000.

Ambos se inscriben en una inequívoca orientación freudo-lacaniana, y también ambos son el resultado de muchos años de práctica de la escucha del paciente psicótico en esa encrucijada incómoda que es el psicoanálisis en la institución de Salud Mental pública, en la intersección que producen los dos discursos, intersección que Enrique se ha esforzado por esclarecer. Así, *Pensar la Psicosis*, que es una invitación, una propuesta ética en tiempos de la

deshumanización del discurso de la ciencia y una pregunta por la causa, es también, hay que decirlo, el saldo, el balance del trayecto de Enrique Rivas por la institución de Salud Mental.

El capítulo 4 («Tratamiento psicoanalítico de las psicosis») es, a estos efectos, el corazón del libro, y en él, el autor va repasando la naturaleza, los obstáculos y las condiciones de posibilidad del abordaje psicoanalítico de los pacientes psicóticos en la institución de Salud Mental. Empezando por la demanda, que en el psicótico generalmente es una demanda delegada del Otro, y una demanda de reducción de la sintomatología y de reintegración, de normalización. Aquí Rivas es claro: el psicoanalista en este punto debe deponer su posición institucional, de «experto» (cuando no de instrumento de control social) para permitir la emergencia en el paciente de una nueva demanda, desliziándose a un lugar de semblante de objeto para que el sujeto pueda advenir a través de sus producciones discursivas. Y, frente a la demanda (familiar, institucional) de reducción de la sintomatología, donde se le pide al profesional de la Salud Mental que haga *algo útil*, el psicoanalista debe ocuparse del trabajo con lo inútil, con el goce, con lo que no sirve para nada. Se trata, en definitiva, de *hacer algo distinto de lo que se nos pide*.

En una serie de matemas, Rivas ilustra la naturaleza de ese deslizamiento, ese viraje del analista desde la posición de sujeto dividido por la confrontación con el goce del psicótico a la posición de semblante de objeto, lo que permite un viraje inverso en el psicótico desde el lugar de objeto de goce de un Otro destructor a otra posición donde por la producción de significantes pueda lograrse un efecto de sujeto. Y para evitar que se establezca una relación dual en la transferencia, para hacerla discurrir por el lugar del Otro, Enrique Rivas propone la utilidad de la institución de Salud Mental pública, en una función de triangulación, de suplencia y de estabilización de la transferencia, de modo que ésta no sea ni erotómana ni persecutoria.

En fin, distintas operaciones que hagan posible la escucha de las producciones discursivas del psicótico y la rehabilitación del sujeto, que hagan posible un trabajo diferente con la psicosis, diferencia que Enrique Rivas ejemplifica así: donde la psiquiatría se ocupa del tratamiento del psicótico, en términos de reeducación, adaptación, normalización y otras prácticas del sentido, el psicoanálisis se preocupa del trato con el psicótico, instituyendo un nuevo *con-trato* social con él en el seno de un dispositivo donde su palabra sea acogida sin procurar sentido.

La tensión psiquiatría∆psicoanálisis es otro de los temas que recorren el libro como una corriente subterránea, como un rumor de fondo permanente. Y en este punto, el autor rehúsa igualmente tanto la posibilidad de una síntesis reunificadora, como la condena y ridiculización del pensamiento psiquiátrico propio de cierto psicoanálisis. Antes bien, Rivas pone a dialogar a la psiquiatría y al psicoanálisis (como ya hizo en su anterior libro), recordando (y repasando en sus autores fundamentales) la dignidad intelectual de la tradición psiquiátrica, «el esplendor clínico de los orígenes de la psiquiatría». Como recuerda el autor, los mismos Freud y Lacan se sintieron afectados por este conflicto que no se clausura con la exclusión que ambas comunidades han practicado durante el siglo pasado. Así, por ejemplo, el pensamiento psiquiátrico descriptivo y fenomenológico constituye una tradición que los psicoanalistas en la institución de Salud Mental deben conocer e intersectar con la teoría psicoanalítica produciendo, en cada caso, en cada Centro, si no una síntesis (por la disimilitud radical de los discursos que inspiran ambas prácticas), si un espacio original de debate y confrontación entre los saberes de ambas comunidades.

Estos lugares de encuentro, sin embargo, no pueden hacer olvidar las diferencias fundamentales, por ejemplo —se apresura a citar Rivas— la posición ética frente al síntoma. Así, si la psiquiatría toma al síntoma como una anomalía que hay que eliminar, el psicoanálisis lo

recoge como una respuesta que el sujeto ha fabricado para hacer frente a lo real, a lo imposible de soportar, una producción necesaria para el sujeto, singular para él, radicalmente única. Establecer esta suerte de alianza con el síntoma que el psicoanálisis promueve constituye un escándalo en una institución que cifra su eficacia en la supresión del malestar.

El psicoanalista en la institución se opondrá a la supuesta homogeneidad del síntoma (que defienden los planteamientos epistemológicos que homologan los fenómenos clínicos en orden a aplicar procedimientos diagnósticos estandarizados), y a la extrema reducción clasificatoria de los manuales diagnósticos al uso que no dejan ningún resquicio a lo Real, y que no sólo borran la singularidad del caso, sino que están hechos para eliminar la subjetividad del clínico. Por eso Enrique Rivas puede decir que hay que producir un «doble acto ético de destitución y de rehabilitación. En primer lugar destitución del diagnóstico (como nombre que subsume la patología del supuesto enfermo) y destitución del profesional como detentador del saber de la ciencia. Y, en segundo lugar, rehabilitación del sujeto excluido en el tratamiento por el discurso de la ciencia, la rehabilitación del sujeto de la palabra, de la responsabilidad y el deseo, y, por otra parte, rehabilitación del profesional de la Salud Mental como objeto causa».

Estos puntos de desencuentro en los discursos que sostienen ambas prácticas ponen en discusión la posibilidad del psicoanálisis en la institución de Salud Mental comunitaria. Esta interrogación es respondida por el autor: «en los servicios de Salud Mental comunitaria se pueden dar todas aquellas prácticas analíticas que sirven en las curas en régimen privado, siempre que allí advenga un analista que juegue su deseo de saber y de ser la causa del deseo y del discurso del sujeto».

Pero esta posibilidad, el psicoanálisis en los dispositivos de Salud Mental comunitarios, no está garantizada por distintos motivos: porque el psicoanálisis no forma parte de la «cartera de servicios» de la asistencia mental pública, porque el psicoanálisis constituye una práctica subversiva y contra la corriente que propugna la simple atemperación del malestar, que redobla la promesa de felicidad del discurso capitalista y que pretende como objetivo la reintegración del sujeto que sufre a los ideales de normalización y adaptación, y, por último, porque esta posibilidad no está absolutamente libre de la contestación o la reticencias de algunos sectores de la comunidad psicoanalítica. Por tanto, esta adaptación de la práctica psicoanalítica a la institución debe advenir al modo de un proceso de invención. Si la transferencia y la interpretación son imprescindibles para el trabajo con el inconsciente, otras condiciones deben adaptarse a las condiciones de la cura analítica en una institución (la gratuidad, el límite de tiempo, la normativa administrativa en la evaluación y ordenación de la asistencia, la ideología que sostiene a la institución, la presión de la demanda, la transferencia con otros miembros del equipo —eventuales «co-terapeutas» o «derivadores» del caso—, la articulación con otros procedimientos terapéuticos —psicoterapéuticos, farmacológicos— en curso, etc). Estos aspectos que confluyen, colisionan o acompañan a la cura psicoanalítica en la institución prestan al psicoanálisis aplicado su especificidad, y, al mismo tiempo, determinan los límites —que también habrá que esclarecer— de la acción del analista.

No quisiera terminar sin hacer mención a dos rasgos del estilo de la escritura torrencial de Enrique Rivas.

En primer lugar su gusto por las afirmaciones fuertes, su énfasis en las hipótesis provocativas, pero sólidamente asentadas en la reflexión teórica. Como ejemplo de este rasgo, transcribo casi textualmente algunas:

- Por ejemplo, la *folie a deux* como forma excepcional de triunfo de la paranoia, forma delirante de vínculo social, forma de socialización de la locura, suplencia para dos.
- El neologismo como formación que nombra lo real del goce en un intento por limitarlo que no evita sus efectos aniquilatorios. El neologismo no sustituye al objeto, a la Cosa, es la Cosa misma.
- La consideración de los síntomas negativos como los verdaderos síntomas positivos porque son la traducción subjetiva de la exclusión del sujeto del orden simbólico.
- La palabra del psicótico como equivalente a la Cosa misma, sin remisión a significación fálica alguna, y de ahí el efecto mortífero de esta palabra (auténtico vehículo de la pulsión de muerte) en el interlocutor.

El segundo rasgo que quería destacar en la escritura de Enrique Rivas es la riqueza de observaciones e indicaciones prácticas, de una tremenda aplicabilidad. Por ejemplo, cuando se refiere:

- Al modo de habérselas con la locura compartida: frente a la indicación clásica de separación de la pareja delirante, atacando ese vínculo precario que es la *folie a deux*, Rivas propone respetar ese lazo delirante y plantear el abordaje psicoanalítico de ambos miembros de la pareja.
- O, por ejemplo, cuando se refiere a la cuestión de la responsabilidad legal del psicótico. Y afirma que el mayor reconocimiento social de la condición de sujeto para un ser hablante es que el otro de la ley y la justicia le confronte a la responsabilidad de sus actos.
- O, cuando alude al tratamiento psicofarmacológico. Ahí, frente a un uso del fármaco que expresa la abdicación del profesional de su responsabilidad frente a la demanda del psicótico, el intento de amordazamiento del paciente y de establecer un dominio sobre él, Enrique Rivas propone un uso del fármaco como herramienta para causar el discurso, para molestar las defensas del sujeto, para limitar el goce que invade al psicótico.

«Que el psicótico en su existencia es un disidente es la clave fundamental del desarrollo de este trabajo», empieza diciendo el capítulo que cierra el libro, y esa simpatía por la disidencia psicótica que parece adivinarse en sus escritos refleja quizás la propia posición intelectual de Enrique Rivas, evitando las actitudes acomodaticias y acríticas, obligándose/obligando a pensar los lugares oscuros, las zonas de penumbra de la teoría y provocando con sus afirmaciones la vacilación de los saberes demasiado bien establecidos.

**Antonio CEVERINO DOMÍNGUEZ**

ZIZEK, Slavo J. *Arriesgar lo imposible. Conversaciones con Glyn Daly*, Madrid, Trotta, 2006, 164 pp.

La notoriedad alcanzada en los últimos años por Slavoj Zizek, como intelectual todoterreno, se ha ido gestando a raíz del impacto inicial, en 1989, de *The Sublime Object of Ideology*, la publicación que le dio a conocer en Francia y en el mundo angloparlante. Nacido en Eslovenia (1949), es un filósofo pluridisciplinar que se abrió camino en círculos psicoanalíticos y en poco tiempo se ha convertido en una estrella del pensamiento contemporáneo. Colabora en *The New York Times*, es profesor invitado en las universidades de Columbia, Princeton, Georgetown y, por supuesto, París (después de sentir el hechizo de la obra de Lacan, ininteligible para él —confesa— hasta que fue ungido por la extraordinaria capacidad didáctica de J.-A. Miller).

Dentro de la particular distinción que Rorty establece entre filosofía sistemática y edificante, refiriéndose a la primera como «constructiva y generadora de argumentos», que construye para la eternidad, mientras que la segunda es «reactiva y ofrece sátiras, parodias, aforismos» y «destruye para volver a generar de nuevo», Zizek quedaría enmarcado claramente en el segundo tipo. Solo el tiempo aclarará si se trata de uno de esos personajes lenguaraces que consigue atraer la atención de la moda por sus ejercicios de pirotecnia intelectual o estamos, por el contrario, ante un pensador de largo recorrido. Por el momento, el creciente interés que despierta viene avalado por una producción escrita que, a razón de libro por año, arroja su mirada corrosiva con admirable desparpajo sobre cualquier aspecto de lo que llamamos «nuestro mundo». Poderoso balance tratándose de alguien que —según advierte en las conversaciones recogidas en este volumen— odia intensamente escribir. Solo la *jouissance* lacaniana, —por cierto, uno de sus recursos conceptuales favoritos— explicaría la aparente contradicción.

Es precisamente ahí, en el psicoanálisis lacaniano, y en la teoría marxista donde se asientan los dos ejes más reconocibles del pensamiento de Zizek, trufado no obstante de sociología, literatura, cine, chistes, junto con una astuta —y por momentos divertida— utilización de la anécdota. Todos estos recursos le permiten trascender —que no obviar— la crítica al llamado posmodernismo y situarse como uno de los más audaces e incómodos analistas de la cultura posmoderna.

Glyn Daly, su interlocutor en estas conversaciones, nos introduce en las primeras páginas del texto en algunos aspectos generales algunas veces, anecdóticos en otras, del pensamiento del autor. Resulta útil, por ejemplo, su orientación acerca del planteamiento que el filósofo esloveno hace sobre el problema de la ideología, tema querido por este, como búsqueda de una re-escenificación fantasmática del encuentro con lo Real de tal modo que lo imposible de la sociedad sea traducido como el robo de la sociedad por un determinado Otro histórico. La participación de Daly no nos suscita tanta confianza en otros aspectos, como cuando deja emparentados políticamente bajo la etiqueta de neoliberales sin más a figuras tan distantes en ese y en otros planos como son Richard Rorty y Fukuyama.

Conocido como alguien que adopta posiciones filosóficas fuertes, Zizek se considera a sí mismo un filósofo estalinista radical. Declaración ciertamente llamativa para alguien que viene gozando del éxito editorial que hemos comentado, y que no se ocupa de ampliar, limitándose en este contexto a señalar que rechaza «ese proceder que coge un poquito de Lacan, un poquito de Foucault, un poquito de Derrida» y se muestra partidario firme de «las posicio-

nes bien definidas». En consonancia con su crítica al eclecticismo posmoderno considera que la postura más arrogante es la aparente modestia multidisciplinar de «lo que digo ahora no es incondicional, es simplemente una hipótesis», etc. Tanto que la única manera en que se es honesto y en que uno se expone a la crítica es cuando se afirma clara y dogmáticamente una posición. «Tienes que asumir el riesgo y tener una posición», sentencia plenamente identificada con la de Lacan y embarcándose en la ardua tarea de introducir una clara demarcación respecto de la obra de otros autores enmarcados dentro de la deconstrucción. Llama así a los lacanianos a que, para evitar el abismo al que —en su opinión— está abocada esta orientación filosófica (junto con las otras dos principales corrientes europeas —hermenéutica y Escuela de Frankfurt) se desmarquen claramente de la misma.

La desatención hacia algunas cuestiones cruciales planteadas en el mundo actual por los desarrollos de la biogenética, la clonación, la inteligencia artificial, etc., desde la filosofía académica y trascendentalista, es una de las principales amonestaciones hacia la misma que en ocasiones podemos encontrar desde voces diferentes, algunas con tintes reaccionarios, como la de otro *enfant terrible* del panorama filosófico europeo: Peter Sloterdijk. No es éste un reproche que pueda alcanzar a Zizek, que considera que los filósofos deben como mínimo ir a la par de la sociedad afrontando problemas que todo el mundo discute por todas partes. Cuestiones que reactivan con fuerza viejas preguntas que tienen que ver con la libertad de la voluntad, con la idea de la naturaleza y el ser natural, con la identidad personal, etc. Aquí Zizek, como tantos otros, arremete contra Habermas como supuesta cabeza visible de las actitudes tradicionales de la Ilustración, que ante amenazas como la biogenética —que él comparte— optan por la prohibición adoptando «la vieja estrategia católica de ‘mejor no saber’: para salvar la dignidad humana, no investiguemos demasiado. Paradójicamente, Habermas se ve forzado a adoptar una postura anti-ilustrada».

Para un filósofo con los referentes epistemológicos citados resulta inevitable la pregunta formulada por Daly sobre la relación entre el psicoanálisis y la verdad. Sin embargo aquí responde exclusivamente el psicoanalista, que desde la más estricta ortodoxia lacaniana nos conduce a través de *lo Real-cómo-imposible* a una posición trascendentalista que requeriría una explicación más amplia para ser diferenciada del escepticismo foucaultiano, neopragmatista, posmoderno en definitiva. «Nos movemos en un nivel muy radical en el que la dimensión de la verdad no es la dimensión final», dice el pensador esloveno, y en ese nivel la verdad todavía no es operativa porque esto último ocurre en cuanto que estamos en el orden simbólico. Lo que ocupa ahora los estudios de Zizek (lo Real) es algo anterior, que siempre se te escapa, es un vacío fundamental y la ilusión consiste en pensar que lo vas a atrapar.

No creo, en fin, que el libro merezca rematar esta reseña con la frase tópica señalando que se trata de una obra de lectura obligada, pero sí diré recomendable para andar mínimamente orientado sobre los derroteros de algunos discursos como el filosófico, sociológico, psicoanalítico, político, etc., que frecuentemente convergen en una encrucijada nada ajena a la crítica de la ciencia y por lo tanto entroncan de manera directa con el espíritu que —queremos creer— imbuje al lector de *Frenia*.

**Antonio DIÉGUEZ**

